

PROLOGO HITZAURREA

“El ideal de la Juventud de Mondragón es hacer de este pueblo el modelo de los pueblos industriales de Guipúzcoa”. *Esta frase, pronunciada por Don José María Arizmendiarieta exactamente a los veintitrés días de su llegada a Arrasate/Mondragón en febrero de 1941, equivale a un programa. Quince años más tarde, el 14 de abril de 1956, la bendición de la primera piedra de Ulgor, S.C.I., indicará que el programa ha encontrado su vía de realización definitiva: la Cooperación.*

La revolución cooperativa

Los dos objetivos que se propone el joven sacerdote —26 años— son claros: emancipación obrera y humanización del trabajo.

Ante los estragos de la revolución industrial y del capitalismo, la clase obrera ha buscado desde el principio su defensa en la asociación: Arizmendiarieta no se cansará de repetir que la fuerza de los trabajadores reside en su unión. Pero esta asociación espontánea inicial se ha dividido muy pronto en tres formas de organización obrera, frecuentemente opuestas: la organización sindical, de carácter preferentemente reivindicativo; la organización política, que dará lugar a los distintos socialismos, pretendiendo emancipar el proletariado a través de la conquista del Estado o de su reforma; y la organización cooperativa.

Cuando Arizmendiarieta, tras diversos tanteos, se decide por el cooperativismo, es muy consciente de haber elegido la vía tradicionalmente menos prestigiosa, tal vez la más larga y difícil. Sin embargo tiene claro, 1.º que la emancipación obrera no puede consistir en el simple cambio de los gobernantes, sino en que los trabajadores se gobiernen realmente a sí mismos; 2.º que la humanización del trabajo es una cuestión que rebasa la vía reivindicativa, exigiendo la demostración de la mayoría de edad de la clase trabajadora, dispuesta a organizar por sí misma su trabajo.

No se trata ya, como pudo ser en el siglo XIX, de que los trabajadores se limiten a la mera defensa de sus derechos contra los atropellos: deben asumir sus obligaciones. El hombre, el ciudadano se define por sus obligaciones no menos que por sus derechos. Se impone el paso de proletarios a ciudadanos de pleno derecho, sin amos que les den o les nieguen el trabajo, ni gobernantes que les dicten cuál debe ser su voluntad.

Es por ello, por la conjunción de los objetivos citados, por lo que Arizmendiarieta cree firmemente en la unión cooperativa como la fórmula de emancipación más apropiada para una clase trabajadora madura y responsable, dispuesta a asumir su destino en sus propias manos.

Arizmendiarieta concibe la revolución cooperativa como un circuito ininterrumpido de hombres nuevos para estructuras nuevas y estructuras nuevas para hombres nuevos, en perpetua transformación mutua. No se trata de una revolución instantánea, de un asalto al Palacio de Invierno, sino de una revolución día a día, lenta, no menos moral que económica.

No le arredra el hecho de que tal revolución tenga que ser necesariamente poco sensacional y aparatosa. Lo aparatoso nunca le ha impresionado. No son los terremotos súbitos, sino el arado penoso del campo y la siembra, la canalización de las aguas, lo que a la larga garantiza cosecha duradera. Para la destrucción basta un golpe certero: quien prefiere construir, por el contrario, deberá recordar que sólo piedra tras piedra se levanta un edificio, con tesón y constancia (CLP, II, 100). Por eso alguna vez Arizmendiarieta ha definido el cooperativismo como un movimiento obrero que ha preferido construir, con una leve alusión a otros movimientos.

“Nos encomendamos —dice respondiendo a ciertos radicalismos impacientes— al juicio del tiempo, del pueblo, resignados a desempeñar papeles menos brillantes o ruidosos, que no tienen que ser por ello menos indispensables para la libertad y progreso de nuestro pueblo” (FC, IV, 137).

Por otro lado, la concepción de la revolución cooperativa como "revolución permanente" le ha librado a Arizmendiarieta de idealizar realidades muy contingentes. La cooperativa no pretende ser la panacea universal de los alquimistas: "las cooperativas resuelven unos problemas, no todos los problemas" (FC, III, 302). De hecho Arizmendiarieta se ha referido siempre al cooperativismo de Arrasate/Mondragón en términos de "Experiencia Cooperativa", "Koooperatiba saioa", abierta a mejoras y reformas, exigiendo de los cooperativistas libertad de espíritu y disposición para renunciar incluso a la fórmula adoptada, si ello fuera necesario, a favor de otras fórmulas que en su momento pudieran manifestarse como más idóneas para la emancipación obrera o para la humanización del trabajo. Acepta sin reservas ni complejos las críticas, llegando a reconocer que los mismos anticooperativistas contribuyen, indirectamente, a la construcción del cooperativismo (FC, III, 85). E insiste: "la cooperativa hay que estar reconstruyéndola y renovándola todos los días" (FC, II, 192).

Sería un error craso por parte de los cooperativistas suponer que con el cooperativismo de Arrasate/Mondragón se ha encontrado ya la fórmula definitiva, pudiéndose limitar en lo sucesivo a su aplicación mecánica a los diversos casos. Sólo el espíritu que lo anima, no la fórmula, es permanente. "El cooperativismo fundamentalmente es un proceso orgánico de experiencias, caracterizado precisamente por la servidumbre a los otros factores más o menos instrumentales de todo proceso y actividad económica" (FC, II, 190).

El cooperativismo pretende que el trabajador en la fábrica sea ante todo hombre y plenamente hombre: no ante todo factor de producción y luego, accidentalmente, también hombre.

Un hombre nuevo

Conciencia de valor del hombre y conciencia de la dignidad del trabajo constituyen dos pilares básicos de la Cooperación.

Se debe rechazar de plano la idea de que el cooperativismo sea una solución cómoda o fácil para los trabajadores en ningún sentido. Al contrario, un colectivo infantil, no maduro, acostumbrado a la sumisión, no es moralmente apto para la Cooperación. Esta requiere madurez, disciplina, responsabilidad, capacidad de sacrificio y entrega, solidaridad. Tampoco

basta la disposición moral: “en general no son aptos para constituirse en cooperativas y lanzarse a la vida activa quienes no fueran capaces de desarrollar una actividad con garantías de éxito con otra organización o molde jurídico” (CLP, III, 153). La Cooperación requiere igualmente capacidad técnica, afán empresarial.

Desde que Arizmendiarieta pronunciara la frase inicial de este Prólogo hasta la aparición de la primera cooperativa en Arrasate/Mondragón habrían de transcurrir quince largos años de intensa labor educativa. Educación y cooperación realizan una simbiosis tan estrecha que en el pensamiento de Arizmendiarieta parecen llegar a confundirse. En multitud de ocasiones ha hecho suyas las palabras de W.P. Watkins: “Se ha dicho que el cooperativismo es un movimiento económico que emplea la acción educativa. Podríamos muy bien alterar el orden de esta frase y decir que el cooperativismo es un movimiento educativo que utiliza la acción económica, sin que por ello dejara de ser cierta”.

La educación previa a la acción cooperativa es necesaria en un doble sentido. En primer lugar el cooperativismo requiere una profunda reforma moral del hombre, a quien una larga tradición tanto doctrinal como institucional ha orientado hacia posiciones individualistas e insolidarias (CLP, I, 147). El hombre cooperativo, solidario, no surgirá por encanto, ni como fruto espontáneo de estructuras transformadas; y tampoco las estructuras solidarias serán posibles sin hombres transformados que las sustenten. En la base de este circuito de intercomunicación de hombres y estructuras nuevas Arizmendiarieta sitúa la educación, fundamento y base del orden nuevo.

En segundo lugar la educación en el sentido de capacitación técnica es indispensable para una emancipación real de los trabajadores. La vieja reivindicación resumida en “la mina para los mineros” supondría, en las circunstancias actuales, añadir a la explotación, en nombre de una pretendida justicia, el desastre económico. En la industria moderna no se puede impunemente ignorar el valor del know-how, de la ciencia y de los conocimientos técnicos a todos los niveles, como factor decisivo e irrenunciable del proceso de producción. Arizmendiarieta es tajante: “No hacemos nada con proclamar los derechos, si luego los hombres cuyos derechos hemos proclamado son incapaces de administrarse, si para poder actuar no tienen otra solución que disponer de unos pocos indispensables” (EP, II, 335).

“Saber es poder”. “Hay que socializar el saber para democratizar el poder”. Y sólo una profunda educación moral y técnica, una educación

permanente puede lograr paulatinamente esta socialización del poder, a través de la socialización del saber.

Un orden nuevo

La educación, lejos de reducirse a la simple transmisión de conocimientos técnicos, debe abarcar todos los campos de la cultura, promoviendo la instauración de un nuevo sistema de valores que iluminen la conducta humana. Un orden social cooperativo y una cultura burguesa se repugnarían mutuamente, serían una contradicción. La clase trabajadora, que lucha por un orden social nuevo, no puede desatender el deber paralelo de creación de una nueva cultura. “No olvidemos que la burguesía superó y destronó a la aristocracia cuando alcanzó una cultura superior; y por tanto el proletariado estará en condiciones de iniciar su reinado social cuando sea capaz de sustituir o relevar a la burguesía por su capacidad técnica y cultural” (EP, II, 336).

Un peligro que puede acechar al cooperativismo, especialmente una vez haya superado las dificultades iniciales, podría consistir en tornarse sobre sí mismo y sus propios intereses particulares, despreocupándose e inhibiéndose del conjunto del movimiento obrero, de sus organizaciones sindicales y políticas. Ello equivaldría, en opinión de Arizmendiarieta, a la más completa claudicación de los principios y objetivos que dieron vida y animan a la Cooperación, y que no son otros que la solidaridad y la instauración de un orden nuevo de justicia, paz y libertad. “El movimiento cooperativista está alimentado por un espíritu de solidaridad abierta. Su meta está lejos a escala mundial” (FC, I, 306). Pero tal orden no podrá ser nunca alcanzado, si los cooperativistas pretenden avanzar en solitario. La fuerza de la clase trabajadora radica en su unión: la división debilita su fuerza y retrasa su emancipación (FC, I, 312).

Los escritos de Arizmendiarieta pertenecen casi en su totalidad a los años de la dictadura franquista, en la que los sindicatos y partidos obreros no podían legalmente ejercer actividad pública alguna. Ello explica sin duda la parquedad de sus reflexiones escritas sobre los modos posibles de colaboración y articulación de las diferentes organizaciones obreras en vistas a la instauración de un orden nuevo. Este punto, así como la ya citada necesidad de una autocrítica constante, parece ser uno de los problemas legados por Arizmendiarieta a los cooperativistas actuales para su ulterior reflexión y

profundización. El ha señalado claramente el camino a seguir: “La Cooperación es una auténtica integración del hombre en el proceso económico y social, que configure un nuevo orden social: los cooperativistas deben concurrir hacia este objetivo final a una con todos los que tienen hambre y sed de justicia en el mundo del trabajo” (FC, I, 302).

Este es el ideal: un orden nuevo a construir entre todos. Pero no se deben confundir los ideales, nos advertirá Arizmendiarieta, con los sueños y las quimeras. Un signo inequívoco de madurez es precisamente el realismo: no se llega a la meta final sino superando las etapas intermedias. Quien desea de verdad que aquel ideal sea algún día realidad debe ir construyendo desde ahora mismo el edificio piedra tras piedra, con hechos, no con palabras. “Precisamos de la revolución basada en el trabajo y no en los mitos” (CLP, I, 223). El orden nuevo será realizado expansivamente paso a paso, primero en la empresa, luego en el pueblo, en Euskadi, hasta llegar a su instauración a nivel mundial. Mientras tanto: “nos concentramos en las cosas que tenemos esperanza de cambiar entre nosotros más que en las cosas que no podemos cambiar en otros” (FC, IV, 65).

Lantegi kooperatiboa

Ordenu berria jasotzen hasi, heziketan oinarriturik, lantegitik hasten da. Zergatik? Bizitza ekonomiko-sozial guztiaren ardatza berau delako: hortxe erabakitzen da, hasteko, lanaren eta kapitalaren arteko harremanen jitea. Horixe dago auzitan, egon ere: ea zer izango den gizona, kapitalaren morroi ala, alderantziz, ekonomiaren lehen euskarri eta azken helburu (FC, II, 166). Gizonak ekonomia, zerbitzatu behar al duen ala ekonomiak gizona. Besterik ere bada halere.

Gure herrietara begiraten badugu, ikusiko dugu, ia gehienetan erdi-erdian eliza, enparantza eta udaletxea egon ohi direla. Horrek esan nahi du, jendearen bizitza soziala lehen hiruren inguruan biltzen zela. Egon, lantegiak itxuraz herri bazterretan daude, baina orain garrantzi askoz handiagoa dute horiek edozeinen bizitzan, udaletxeak edo elizak baino. Gizartearen oinarria familia dela, esan ohi da orobat. Baina familiari berari ez dago gaur lantegiari adina denbora eskaintzerik. Harreman sozialen erdigunea aldatu egin da familiatik edo udaletxetik lantegira, beste dena, famili eta erlijio-eta udal bizitza, zeharo hark baldinpetuta geratuz. Lantegia da gaur bizitza

ekonomiko-sozialaren oinarrizko zelula bizia. Horregatik lantegi ongi era-tuen joan-etorria bizitza sozialerako (CLP, III, 83).

Ez da ordu-kontua bakarrik. Askoz barrenagoko arazoa dugu, gizarte bizitzaren muin-muinerainokoa. Hartu dugun zibilizazio bidean honez gero gailendu egin zaigu makina, teknologia. Eta makinak menpetza esan nahi du, elkarlan xehe-xeheki doitua, disziplina, harreman eta erantzukizun arau-tuak. “No existe lugar más ordenado que una fábrica, ni lugar en el que las excentricidades personales gocen de una peor bienvenida”, idatzi zuen behin Cornford-ek. Eta hori dena gizarte bizitzara bihurtua dago aspaldi.

Lehenago aisa esan zitekeen “askatasuna, berdintasuna, anaitasuna”, beste gabe. Gaur badakigu askatasunaren osagarriak, are aurrebaldintzak, ordenua eta disziplina direla, haren kontrarioak ziruditenak hain zuzen. Bietan bat: edo bide honi zeharo uko egiten zaio, beste askatasun baten izenean, edo aurrerapen teknologikoaren menpetasunak askatasunarekin elkar-tzen asmatzen da, industri gizarte batetan posible den askatasun bakarraren amorez. Ongi esan du Arizmendiarrietak: “El conductor que se ha presen-tado con su coche en una autopista o se halla en el centro de una ciudad moderna, debe preocuparse fundamentalmente de someterse a las leyes de circulación y de mantener la velocidad que impone la riada de vehículos que le rodean. Su bien y su libertad dependen del grado de atención que presta a dichas leyes y exigencias. El socio de una coopera-tiva de producción está sujeto a leyes y exigencias de actividad y organi-zación no menos inexorables” (FC, I, 253). Eta beste batetan: “Debemos aceptar con la misma dignidad la servidumbre de las leyes económicas como de las físicas, poniendo a salvo lo mismo en un caso que en otro las exigencias fundamentales de nuestras personas” (CLP, I, 317).

Lantegiaz, bada, lantegiak bizitza sozialean hartu duen eragin horrega-tik, hau aitortzen du Cornford-ek: “Pero si estamos destinados a modelar la vida toda sobre la base de la vida en la fábrica, la pregunta de quién va a dirigir la fábrica se volverá urgente y en relación con eso parecemos más bien vagos”. Eta horixe erantzun nahi dio kooperatibismoak, langileen askatasuna lantegian bertan abiatu eta beren lantegien bidez gero bizitza osoan gauzatzeko.

Irudiak aldatu beharra dago jadanik. Gaur, askatasunean pents tzen badugu, ez daukagu operaterik natura librean libre, txoria bezala, ibiliko litzatekeen gizaki zoriontsuaren irudi hegakorrarekin. Naturatik ez, baino

makinatik eta makinan diharduen gizonetik hasi beharko du gaur askatasunaren gure gogoetak. Lantegitik, hain zuzen.

Arizmendiarietak uste du, langileriaren erakunde tradizionalak oraindik ez direla aski ohartu, denborarekin gure herrietan gertatu den aldakuntza radikal honetaz. Eta ez erreformistak, ez iraultzaile klasikoak arduratzen direla lehen-lehenik lantegiez berez, ahaleginak lantegion barneko birregituraketan zentratuz, haren inguru politikoan edo legezkoan baino gehiago eta lehenago. Kooperatibismoak egin nahi duena horixe da: lehenengo gizartearen oinarritzko zelula birregituratu, lantegia, hemendik hara gero egitamu sozial eta politiko berrietara iristeko; ez alderantziz, kanpotik barrura. Kooperatibismoak zuzen-zuzenean muina bera harrapatu nahi du eta txikitik haundira, behetik gora, bertakotik urrungora jokatu. Horra lantegi kooperatiboaren arrazoia: ordenu sozial berri baten hazia eta oinarria izatea.

Arizmendiarietak enpresa kapitalistaren eta soviatarren ereduak aztertu ditu, ez batari eta ez besteari bait deritza langileria heldu, burujabe batentzat egokia. Langilea morroi hutsa da bietan.

Kooperatibismo modernoa kapitalismoaren aurka sortua da, XIX. mendean, baina Estatu-sozialismo burokratikoaren kontrarioa da orobat. Kooperatibistentzat enpresak ez du kapitalen biltoki bat izan behar, berdintsu bait da kapital horiek kapitalistek ipiniak izan nahiz Estatuarenak, gero langileak produzio prozesuan (kapitalaren) erreminta gisa erabiltzeko: baina "lan-komunitatea" izan behar du, pertsonen elkarte, denak beren buruen, kapitalaren eta lanaren jabe izaki. Funtsezko printzipio orokor hau praxian mamitzeko zenbait arau dago: lantegiaren legezko jabe eta nagusi ez dute kapitalaren eskudunek izan behar, baina bertoko langile iharduleek berek ("meatzarien meatza"); gestioa demokratikoa izango da; dibidenduen partiketarik ez dago akzioen edo kapitalaren arabera, ez eta egiazko alokairu-sistematik ere, etab. Enpresa kapitalistaren edo soviatarren eta kooperatiboaren arteko diferentziak zerrendatzera sartu gabe (kooperatibismo ikastaroetan horixe ikastea tokatuko da), esan dezagun, kooperatibismoak ez duela kapitalaren parte enpresan ukatu nahi, baina bai lanaren eta kapitalaren banaketa gairiditu: hau da, ugazaba eta alokatuena, nagusi eta langileena. Langilea bera, "kapitalista" bilakatu gabe, eta halere kapitaldun, enpresari bihurtzen da.

Hau dena paper xurian hobeto konpontzen da, zalantza gabe, egintza gorrian baino. Erabateko demokraziarik, esate baterako, lantegi kooperati-

boan ere ez dago, ametsetakoan ez bada; ez da erraza izango langile arrunta txitean-pitean egiaz enpresari sentitzea eta bere lan apalean, egunero eta orduoro, kontzientzia horrekin aritzea, etab. Dena dago etengabe hobetuz joan beharra. Arizmendiarrietak bazekien perfekzio osoa ez dela mundu honetarako egiten. Baina esan bait dugu nola, horregatixe, behar-beharrezkotzat zeukan kooperatibisten jarrera beti autokritikoa, berak, soluzio-modu bat edo beste baino gehiago, batez ere oinarriak eta kooperatibismoaren susper-tzeko gogoia, izpiritua gogarazi ditu. Izan ere, arrazoi askotatik egon daiteke soluzio batek batzuentzat bai eta besteentzat ez balio izatea, gauzak han ondo joatea eta hemen gaizki. Hori aldian-aldian aztertu beharra egongo da. Izpiriturik eta gogorik zinez baldin badago, halere, Arizmendiarrietak uste oso-osoia zuen, lehentxeago edo geroxeago asmatuko zela aurrerabidea.

Lehengoa paternalismo guztiak erro-errotik behin eta betiko erauzteko gurari bizia da. Nagusia behar duen gizona, esaten zuen Arizmendiarrietak, aberea da: gizon izatera heldu orduko galdu egiten da premia hori (FC, IV, 175). Bere buruaren jabe bihurtzen da. Burujabetzak, ordea, norbere zeregi-nen erantzuna osoki norberak hartzea esan nahi du: finantzaketarena, ges-tionarena, salmentena eta lan antolaketarena. Kooperatibismoaren lehen oinarria askatasun eta burujabetza gogoia da.

Gero, halere, kooperatibismoak nahi duena ez da lantegia jabez alda-tzea bakarrik, sakonkiago haren izaera eta funtzio soziala ere aldatzea baino. Honek lanaren beste ikuspide bat eta produkzioaren bestelako buru-taera eskatzen ditu.

Elkar-lana

Kooperazio hitzak hori ezan nahi du: elkar-lana, elkar-iharduna.

Lana, aurrenik: jende askorentzak lana ez da zigorra besterik, zama hutsa. Ez da kooperatibista ona izango, lana gizatasunaren eskakizuna dela, askatasun eta aurrerapen bidea dela, ikasi ez duena (CLP, III, 3-4). Kooperatibista izateko, lanean ezin da ikusi geure probetxu indibidualerako edo irabazpiderako baliabide gogorra soilik, ezinbesteko medioa: horretara-kotan bakarrik askoz hobea izan daiteke, gehiago irabazteko edozein enpre-sa kapitalista, edo lasaiago bizitzeko edozein lantoki estatal. Kooperatiba bat egin nahi dutenek, bizibide bezala bai, baina batez ere zerbitzu sozial

gisa eta nortasunaren, giza duintasunaren gauzatzeko bide bezala ulertu behar-ko dute beren produkzio iharduna.

Eta elkartasuna: lanean oinarritua hain zuzen, lanak elkarrenganetzen bait ditu gizonak, inguru materiala antzaldatzeko eta izpiritua aberasteko (EP, II, 107). Loreak bezalaxe, esaten du Arizmendiarrietak, gizonak ere hobeto babesten dira eta garatzen dira elkartasunean, banaka baino (PR, I, 98). “No solitarios, sino solidarios” (FC, IV, 179).

Gizadiaren historiako ardatza, Arizmendiarrietak lanean ikusten du. Lanak jaso du gizadia naturaren menpetasun beldurgarritik nagusitasunera. Kultura eta askatasunera.

Kooperazioa da gizaldia goititu duena. Garai batetan kooperazioa indarkeriaz lortu beharra zegoen (Egiptoko piramideak eraikitzeke behar zen kooperazioa, esate baterako). Kultura historiko txitezkoenak horrela zertuak dira, kooperazio behartuaren gainean. Bidezkoa da gizon haiek, baldintza horietan, bai lana eta bai kooperazioa zigor bezala sentitzea. Gaurregun, aldiz, sozialki kontzientziatuak ez dauka inork behartu beharrik lanari ekiteko eta bere asmoetan lankideekin elkartzeko. “La vinculación del trabajo con la solidaridad fluye desde el momento que el sujeto humano se percata de sus carencias e impotencias individuales y la solidaridad le humaniza y le potencia” (CLP, III, 235). Askatasunaren erreinua, kooperazio librezko ihardunez bakarrik altxa daiteke: elkar-lan libreak biztuko du ordenu berria.

Arizmendiarrietaren pentsamenduan giltzarrizkoa da lanaren kontzeptua. Lanak egiten gaitu gizon, egiten gaitu herri, gizarte. Halakoa da lanaren duintasuna eta hain du berezkoa gizonak, onartu ezinezkoa bait da inoren esanera eta menpean egin behar izatea: norbere naturaren puska bat alokairu-truke saltzea da, gorputz-puska bat salduko balitz bezalaxe.

Bere buruaren jabe izan nahi duenak, bere lanaren jabe izanez hasi behar du; lanaren jabe izan nahi duenak, elkartuz; elkartu nahi duenak, lagun hurkoaren duintasuna osoki aitortuz. Horrela zirkulua osatzen da: ez da bere buruaren jabe izango, besterena onartu ez duena: “Alkartasunean fedea izatea orixe da: geuregan bezalaxe besteengan sinestea ta geuretzako artzen dogun neurria besteentzako izatea” (CLP, I, 232). Lana, elkartasuna, demokrazia kooperatiboa, solidaretasuna, askatasuna kate beraren begi desberdinak dira kontzeptu guztiok, irakurleak antologia honetan aurki-

tu duenez. “El trabajo es la base firme de desarrollo y de promoción. La unión es la palanca que multiplica las fuerzas de todos. La Cooperación es para nosotros un régimen de solidaridad para hacer del trabajo el adecuado instrumento de promoción social y colectiva” (FC, II, 7).

Euskal sozialismoa

“Zuzen jokatzeko-alkartzen gara ta Alkartasun-bidez goaz Askatasun-alde”, esaten zuen behiala gudari izandako Arizmendiarieta gerra-galtzaileak, Larrinagan preso egonak (CLP, I, 235). Ez gizonak bakarrik, herriek ere askatasunaren bidea lanez eta elkartasunean urratzen dute, kooperazioz. Batez ere Euskal Herriak —“pueblo zurrado y alertado”—, ozta-ozta bait du bere lanarena, beste indarrik, libre eta burujabe izateko.

“Euskadi” esaten dugunean, zer da esan nahi duguna? Jeneralean gure hizkuntza, euskara, ohiturak eta kultura, izāten ditugu gogoan; edo gure instituzio historikoak, Foruak, lurraldea, etab. Euskadi, lehen-lehenik, bere lana da, erantzuten du Arizmendiarietak. Beste denak ez dira ezer lanaren sostenguagabe. “Nuestro pueblo es consciente de que su nivel de bienestar y fuerza ha procedido del potencial de trabajo de sus hijos. Estas reservas y contingentes de trabajo han sido los ejércitos con los que hemos promovido nuestra personalidad histórica y más propiamente se nos conoce en el mundo” (FC, IV, 112). Eta euskaraz, poliki asko, geroari begira: “Lanean edo lanerako ondo ornitzen ditugun gizonak dira gure erria askatu ta jasoko daben gudariak” (CLP, I, 234).

Kooperatibismoa nondik nora sortu den galdetzen badugu, ez da erraza iturburu historikoak erakustea. Kooperatibismoa sozialismoaren mota bat da, noski, eta beste sozialismoak bezalaxe iraultza industrialarekin erne da. Baina beste gehienak ez bezala, Charles Gide-k azpimarkatzen zuenez (eta Arizmendiarietak harekin), kooperatibismo langileen beren praxi arrunt bezala jaio da, ez teorikoren baten burutik. Beharbada horregatik, teoria beti apalago ibili da kooperatibismoan eta esperientzia gehiago estimatu da. Autore gehienek ustez, halere, kooperatibismoaren inspirazioa “lehen sozialisten” ideia-mugimenduan aurkituko litzateke: R. Owen, W. King, Saint-Simon, Ch. Fourier, L. Blanc, etab. Hau da, sozialista libertarietan. B. Lavergne-k sozialista horien “oinordeko jator” eta jarraituntzat dauka kooperatibismoa.

Arizmendiarrietak hemen franko bestela ikusten du bere kooperatibismoaren jatorria. Esan beharra da, aurretik, kooperatibismo denak berdintzerik ez dagoela, izena berdina eraman arren. Eta Arizmendiarrietak ongi zekiela zein berea eta berezia zuen "Arrasateko kooperatibismo heretikoa" deitu izan dena. Honen sustraiak Euskal Herriko jendearen beraren izpiritu bizian daude, ez nonbaiteko teorikoen bururapenetan. Euskal kooperatibismoaren sustraiak, Arizmendiarrietak dioskunez, euskal gizonangan eta euskal tradizio demokratikoetan daude. Are, tradizio hauei dagokien erako lan-antolaketa baizik ez da oraingo kooperatibismoa: beraz, berak ez duela ezer berririk asmatu, esango digu, tradizioari jarraitu eta gaurko baldintzetera egokitu baino. "Esta experiencia corresponde a un nuevo espíritu de confianza en el hombre y en su capacidad. Revive en este caso el sentido de libertad, dignidad y justicia, fehacientemente acreditadas en las instituciones tradicionales y democráticas de nuestra tierra y, por tanto, exponente de la idiosincrasia de sus hombres" (CLP, I, 241).

Bestalde, gizon bakoitzaren antzera, herri bakoitzak bere nortasuna dizula, uste du Arizmendiarrietak. Nortasun hori lanarekiko jarreran, gogoan, agertzen dela; elkartasuneko eta hurkoarekiko harremanen taxuan, etab. Eta, sozialismora bagoaz, herri-nortasun bakoitzari sozialismoaren bere molde propioa dagokiola, berdinkeria itogarrietan amildu gabe. Horra, bada: nolakoa izan beharko luke euskal sozialismoak? Euskal nortasunari, hots lanaren filosofia eta gizartearen adiera euskaldunari dagokion sozialismoa ezin daiteke bestelakorik izan, erantzuten digu Atizmendiarrietak, kooperatiboa baino. Kooperatibismoa da euskal sozialismoa, euskal gizonari eta tradizioei dagokien sozialismoa.

Gaur-gaurkoz, dena den, kooperatibismoa oraindik ez da saiotxo bate-tatik pasatzen. Hazia besterik ez da, inguru sailean ereina, idealismo eta suhar haundia eskatzen duena, handik hara euskal sozialismo heldua noiz-pait lortzeko. Jatorrizko asmoari jarraiki, kooperatibismoak, bere helburua zinez burutu nahi badu, aspergabe hobetzen eta hedatzen ahalegindu beharko du: bere barruan, lehenik, baina kanporantz gero, udal eta herri-bizitza guztia oinarri kooperatiboen arabera birmolderatzen. Lantegitik hasi eta gizarte osora. "Nuestra cooperación entraña una proyección polifacética y se apoya en una sociedad pluralista, libre y democrática. Esta es la fuerza que fluye de la idiosincrasia de nuestro pueblo y se anida en lo más entrañable de sus hombres: no se ha de detener su proceso, sino materializarse cada vez más ampliamente en revolución o cambio, en libertad,

conduciéndonos a un Comunitarismo democrático, dinámico y eficiente”
(FC, IV, 180).

Berak esan digu hobekienik, lehena eta oraina elkartuz nola biharra egin: “Mundu zabalean euskotarron ezaupiderik entzutetsuena askatasun-miña da; orain zuzentasun-zalatasunez guritu dagigun, eta Lanak eta Alkartasunak ekarriko digu geure errien aurrerapena” (CLP, I, 249).

Joxe Azurmendi